

Bourdeu, Etienne, *Les archevêques de Mayence et la présence espagnole dans le Saint-Empire (XVI^e-XVII^e siècle)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2015, 286 págs., ISBN: 978-84-9096-013-4.

La obra de Etienne Bourdeu trata de la proyección política de la monarquía de los Habsburgo de España en el Sacro Imperio Romano Germánico entre la abdicación de Carlos V y el final de la Guerra de los Treinta Años, en 1648. El título anuncia –de manera insuficiente, por la elección de la expresión “presencia” en lugar de “proyección” que hubiera sido más relevante– la compleja acción diplomática de la Monarquía Hispánica ante el arzobispo de Maguncia, uno de los siete príncipes alemanes que formaba parte del colegio electoral encargado de la designación del Rey de Romanos y futuro Emperador. El reparto de las coronas que hizo Carlos V llevó a definir las relaciones entre Madrid y Viena sobre la base de la solidaridad dinástica de los Habsburgo (tras su división en dos ramas) y de la defensa de la fe católica en un Imperio germánico en el que el sucesor de Carlos V aceptó la primera paz de religión con los príncipes luteranos. Los medios de acción de la dinastía hispánica sobre un territorio que no estaba bajo la soberanía personal de sus reyes, pasan por una diplomacia movida desde la corte de Viena, pero también por la constitución de una red de clientes capaz de informar, aconsejar, solicitar o intervenir en los distintos niveles políticos germánicos en favor de los intereses de Madrid.

La primera parte de la obra sitúa a los actores de este juego de influencia interactiva. El arzobispo de Maguncia es un príncipe eclesiástico cuyos territorios, en el centro del Sacro Imperio, no tienen en principio gran interés para los Habsburgo de España, ya que están distantes tanto de los Países Bajos (a diferencia de los electorados fronterizos de Trèves y de Colonia), como del camino español que permite conducir hasta allí las tropas procedentes del Mediterráneo. Lo que en realidad busca el rey de España es la proximidad institucional del arzobispo al Emperador (p. 28). El arzobispo, de hecho, dirige el colegio de príncipes electores y es además archicanciller del Sacro Imperio (cap. 1). La Monarquía Hispánica, por otro lado, tiene un ojo atento puesto en el Imperio, como consecuencia de la prolongada revuelta de los Países Bajos, pero también con el objeto de asegurar su liderazgo entre las potencias católicas regionales, como Baviera, y contrarrestar la influencia francesa entre los príncipes protestantes. Es en este contexto en el que busca incorporar el arzobispo de Maguncia, instrumento de Roma para la aplicación de la reforma tridentina, a su estrategia de influencia fuera de sus fronteras (cap. 2).

La segunda parte aborda la construcción de un sistema de intereses mutuos entre una monarquía extranjera con vocación mundial y su cliente local. El arzobispo de Maguncia no es un familiar de los Habsburgo de España. Los primeros contactos se tejen cuando Felipe II trata, en vano, de modificar la sucesión del emperador Fernando I en beneficio de la rama española, y se retoman tímidamente en los años de 1570 en torno a las negociaciones sobre la difícil pacificación de los Países Bajos (cap. 3).

La Pax Hispanica de Felipe III lleva a reforzar de un modo muy claro los vínculos con el arzobispo de Maguncia entre 1598 y 1616, en el momento en el que España se implica diplomáticamente en la compleja sucesión de los emperadores Rodolfo y Matías, así como en el rearme confesional del Sacro Imperio (cap. 4). Esta reorganización de la clientela hispánica en favor de Maguncia, por medio de las pensiones, la financiación militar y la mediatización, permite poner en pie una facción coordinada estrechamente por el embajador español en Viena, que no tienen nada, como demuestra el autor, de pasiva red hispanófila (p. 124).

En la tercera parte, Etienne Bourdeu analiza la parálisis y la desagregación de esa red de clientes de Madrid en el escenario de la Guerra de los Treinta Años, que conjuga, en el Sacro Imperio, conflictos de carácter tanto internacional como germánico. La contestación de los Habsburgo de Viena entre 1618 y 1624, durante la Guerra del Palatinado, supuso una intervención directa de España que no estuvo falta de ambigüedades con respecto a la acción de sus clientes germánicos. El rey de España, de hecho, prefiere privilegiar las condiciones de una paz con el elector palatino Federico V, en contra del criterio del emperador Fernando II y de su aliado bávaro, con el fin sobre todo de dar seguridad al camino español. Los “falsos semblantes” (p. 161) de la red española durante esta primera parte del conflicto son puestos en evidencia por el arzobispo de Maguncia. Habiendo recibido ricas pensiones de España, de la que es informante, el prelado recibe de ella además la protección que un emperador debilitado no le puede garantizar y al que reclama una parte del Palatinado que se ha tomado a Federico V (pp. 172-180). La extensión de la red española y el consiguiente esfuerzo financiero de Madrid no impiden que se cuestione la intervención de la Monarquía Hispánica entre sus propios aliados católicos, que la perciben claramente como una potencia extranjera (cap. 5). La reconstrucción de la autoridad imperial después de 1624, que invierte la relación de dependencia entre las dos ramas de los Habsburgo, acentúa la crisis de la red española. La distancia aumenta entre los estados católicos del Sacro Imperio y la Monarquía española, al tiempo que disminuye el papel de sus clientes. El arzobispo de Maguncia, que debe enfrentar la ocupación de su principado por los suecos y los franceses, mantiene sin duda una buena relación con España, pero busca sobre todo la neutralidad y la protección imperial con el objeto de restaurar su poder temporal, en medio de un tablero diplomático en el que España ha pasado ya a un segundo plano (cap. 6). La ausencia de clientes de España reclutados tras la Pax Hispanica, en el momento de abrirse las negociaciones de la Paz de Westfalia en 1644, es la prueba del debilitamiento de su red de influencia.

Etienne Bourdeu muestra la dificultad que entraña para España el construir y mantener su proyección sobre un Sacro Imperio compuesto, en el que las fidelidades no pueden ser familiares debido a la multitud de cargos que son electivos, en los que las redes católicas compiten entre ellas y las lógicas locales contradicen y se superponen a los intereses más globales de una Monarquía Hispánica que ya se percibe como una potencia extranjera. Las tentativas vanas de situar a miembros más jóvenes de la dinastía de los Habsburgo al frente de arzobispados-electorados durante la Guerra de los Treinta Años recuerdan tanto a Madrid como a Viena el peso de los sistemas políticos y sociales locales. En esa red de clientes, en la que no existe dependencia mecánica hacia la gran potencia que, sin embargo, distribuye los medios financieros, militares y diplomáticos, es la capacidad de acción política autónoma de los príncipes territoriales germánicos la que se dibuja y desarrolla. El autor ha ido a menudo más allá de su intención inicial, tratando los casos de otros clientes hispá-

nicos con el fin de comparar las lógicas de relaciones, como, por ejemplo, la salida de la red operada por el arzobispo de Trèves a principio de los años de 1630 (pp. 204-207). Desde una perspectiva metodológica, la obra trae una visión renovada de los juegos de escala en los sistemas políticos compuestos de la Europa de la primera modernidad.

Yves Junot
Université de Valenciennes (Francia)
Yves.Junot@univ-valenciennes.fr

Traducción: Federico Palomo